

Entonces volvió las acciones de Radl  
prometido en un momento de el año  
lo del 707 y lo por terminada sus  
libres con el patron de Bernart; las  
firmas de gratitud de los esposos con  
taron al generoso patron.  
Durante la ceremonia de casamiento  
quilo algunos dicen que al pronunciar las  
nuptias el solenne "si en vida se oye a  
recio por un momento; pero esa historia  
nada la vio correr por sus mejillas.



## LA LAMPARA.

(El fondo de esta leyenda es histórico. Véase la obra A. Thierry,  
titulada "Narraciones de los tiempos Merovingianos.")





que, llamada por las águilas y tro-  
la á las torres y á las torres  
como una familia de los Alpes. El alma  
de Galeswinta era como el pájaro, hermo-  
sa y ligera de non más allá del valle que  
estaba terrado en su tierra patria de la  
España.

En un tarde la nodriza se quedó con-  
ta de la vida de un árbol, admirando el espe-  
cimiento que presentaba el sol al ponerse, tan  
rápido que se iba y caía en el agua  
de las cascadas y de las

I.

Una tarde á la hora del crepúsculo salió Galeswinta á pasearse con su nodriza por los alrededores de Toledo. Toledo no era entonces como ahora, una gran ciudad, sino una especie de cortijo donde estaban plantadas las tiendas de campaña de los guerreros súbditos de los reyes godos.

Galeswinta era una niña hermosa; pero no tenía la hermosura delicada de las damas de hoy; hermosura que se marchita como las flores con sólo el soplo del viento, ó el calor del sol.

Galeswinta tenía unos ojos azules, una tez blanca y transparente y una alta y erguida estatura, que indicaba procedía de esas razas del Norte, que se establecieron en el Mediodía de la Europa.



Galeswinta, como Diana la cazadora, corría con su arco y sus flechas tras de los venados, perseguía á los jabalies en los bosques, lanzaba piedras á las águilas, y trepaba á las rocas y á los precipicios ligera como una gamuza de los Alpes. El alma de Galeswinta era como su físico, hermosa y dotada de una sinceridad salvaje que estaba retratada en su frente bruñida de alabastro.

En esa tarde la nodriza se quedó sentada debajo de un árbol, admirando el espectáculo que presentaba el sol al ponerse, lanzando sus rayos de oro y carmín al través del espeso follaje de las encinas y de las hayas. La joven siguió maquinalmente la orilla de un arroyo, absorbida en esa especie de melancolía que nos asalta algunas veces, sin que sepamos la causa. Galeswinta siguió la corriente del arroyo, donde arrojaba las florecillas silvestres, y miraba suspirando como arrebatadas por el agua, y conducidas velozmente, corrían quizás al mar. ¡Oh, sí! como esas flores, decía Galeswinta contemplando su blanco rostro, que se retrataba en los cristales de las aguas, seré algún día arrebatada del seno de mis padres y llevada á lejanas tierras, donde no tenga ni estos solitarios bosques, ni estos deliciosos arroyos.

Galeswinta se recostó á la sombra de un álamo, y en breve el sueño descendió á sus ojos.

—Galeswinta, azucena de las selvas, rosa de los prados, diosa de estas soledades! dijo una voz grave, pausada, ¿por qué te alejas tanto de tu hogar? ¿por qué tan confiada duermes en estas soledades?

Galeswinta entreabrió sus grandes ojos azules, separó de su frente las rubias trenzas de su cabello que, como los rayos del sol, ocultaban á medias su faz de nieve, y poniéndose de rodillas, exclamó sobresaltada:

—¿Qué voz misteriosa ha escuchado mi corazón?

—Soy yo, Atar Gull, el solitario de las selvas: no temas nada, hermosa doncella, que antes bien he velado siempre por tu seguridad. ¿Te acuerdas cuando próxima á caer en el fondo de un precipicio, una mano se apoderó de tu túnica de lana y te salvó? ¿Te acuerdas cuando la corriente de un río te iba á arrebatar, que encontraste una cuerda de qué asirte? ¿Te acuerdas cuando una serpiente te iba á ahogar entre sus anillos, que una hacha trozó al monstruo.

—Sí, padre mío; me acuerdo muy bien.

—Pues esa mano era la de Atar Gull: esa cuerda era la de la túnica de Atar Gull; esa hacha era la que sirve á Atar Gull para cortar su leña y calentar su gruta en el invierno.

—Gracias, padre mío; gracias, mi libertador.



—¿Quieres venir á visitar la gruta de Atar Gull?

—Venía con intención de buscaros; no os conocía, pero sabía que érais tan bueno y tan docto, que...

—Ven, azucena de las selvas; ven, y sígueme.

Atar Gull era un anciano que tendría setenta años, de rostro venerable, de cabeza calva y de una barba de nieve que le llegaba hasta cerca de la cintura. Vestía una gruesa y luenga túnica de lana; calzaba unas sandalias á usanza de los monjes cristianos.

Atar Gull tomó de la mano á Galeswinta y la condujo por las orillas del arroyo hasta una gruta, cuyas paredes estaban tapizadas de campánulas y madreselvas, y en cuyo suelo de delicado musgo brotaba un manantial de agua purísima que daba origen al arroyo. Era la habitación del solitario.

—Padre mío, le dijo la doncella luego que hubieron entrado: venía á consultaros; pero no me atrevo...

—Te evitaré el trabajo de hablar: sé lo que tienes. Tú amas.

—Sí, amo; amo con todo mi corazón; pero no es eso.

—Entonces...

—Una tristeza secreta atormenta mi alma, y un presentimiento vago de desgra-

cia hace latir violentamente mi corazón; así, quería...

—¿Querías que te dijera yo tu porvenir, infeliz?

—Estoy resuelta á saberlo, ó de lo contrario no saldré de esta gruta, esta gruta tan fresca y tan hermosa, donde mi corazón se ha ensanchado, y donde he respirado más libremente.

Conque así, padre mío, continuó hincándose de rodillas, y presentando al anciano las palmas de las manos; decidme, decidme el porvenir sin temor, que la hija de las selvas tiene tanto valor para seguir un venado entre los precipicios, como para soportar con valor su destino; lo que no quiero es la duda.

—Los arcanos del porvenir de las criaturas, sólo puede saberlos aquel Sér sabio que habita arriba de nosotros. Los hombres que como yo se han dedicado á la ciencia y observado el curso de los astros, apenas podemos...

—Sé, venerable anciano, que sois muy sabio, y que ningún secreto se os oculta, interrumpió Galeswinta: así, decidme...

—Pues tú lo quieres, hija mía, cumpliré tu voluntad.

Atar Gull examinó cuidadosamente las líneas de las manos de la doncella, y después de un momento de meditación, exclamó:



—Galeswinta, tu belleza te proporcionará un alto rango.

—Galeswinta, renuncia á esos amores, porque tú serás dentro de breve la esposa de un rey.

—Galeswinta, reina llena de pompa derramará lágrimas por su familia y por su país, porque irá á otra ciudad lejana.

—Galeswinta, tu vida será feliz; pero cuando una lámpara de alabastro se rompa delante de tí, el día de tu exterminio no estará lejos.

—Este es tu destino, Galeswinta, y deberá cumplirse.

En cuanto la joven acabó de oír estas palabras, se levantó, besó la mano del viejo, salió de la gruta y se encaminó á su casa.

## II.

Un año después llegó á Toledo Hilperico, rey de Neustria, y deseando aliarse con los guerreros godos, pidió una mujer para casarse.

El primer día se presentaron á Hilperico cien muchachas hermosas. Hilperico no escogió á ninguna.

El segundo día otras ciento de rostro blanco, de labios rojos, de cabelleras blondas, vestidas de ricas túnicas de lana y adornadas con esmero: Hilperico no escogió á ninguna.

El tercer día le presentaron una joven vestida sencillamente, Hilperico la escogió inmediatamente por esposa. Era Galeswinta, la ninfa del desierto, la azucena de las selvas.

Todos los godos, jefes y vasallos, ancianos y jóvenes sintieron amargamente que aquella flor pomposa, que aquella planta magnífica de Toledo fuera á ostentar su hermosura á otros climas lejanos; pero el destino había querido hacer de Galeswinta una reina, y las predicciones del anciano de la gruta debían cumplirse.

Hilperico dispuso un séquito numeroso de guerreros y doncellas, y partió acompañado de su futura esposa, á la corte de Neustria, donde debería celebrarse el matrimonio.

La madre de Galeswinta acompañó á su hija una jornada, después otra y otra, pues en el momento que trataban de separarse se abrazaban estrechamente, y no había poder humano que pudiese separarlas. La madre tenía tal vez un secreto presentimiento: en cuanto á la hija, además de haber renunciado al amor que tenía por un joven guerrero de su reino, se acordaba de las palabras de Atar Gull.

La madre y la hija se separaron al fin. La una regresó á Toledo, y la otra llegó á la corte de Neustria, donde fué recibida con aplauso universal de todos los vasallos fran-



cos, porque su belleza cautivaba los corazones de cuantos la miraban.

El casamiento de Hilperico se verificó; pero á pocos días tuvo que salir á una campaña contra los francos de Austrasia, y dejó á su esposa en uno de los palacios reales.

Galeswinta, divertida con las suntuosas fiestas que á causa de su casamiento se habían celebrado en la corte de Neustria, y contenta con las caricias y atenciones del rey su esposo y señor, había olvidado las predicciones del anciano, y su tristeza se había disipado un tanto.

Galeswinta vivía sola en un magnífico palacio, custodiada por algunos soldados, pues expresamente pidió al rey que así la dejara, no teniendo todavía ningunas gentes de su confianza para elegirlas por compañeras. El día lo ocupaba en bordar algunas piezas de ropa para regalarlas á su esposo cuando regresara, y en la noche se retiraba á una rica estancia de mármoles donde estaba su lecho.

Una vez, á la hora de acostarse, toda su antigua melancolía, todos sus negros presentimientos se agolparon á su frente, como suelen las negras y tempestuosas nubes cubrir de improviso el azul purísimo del cielo.

Galeswinta tuvo que poner la mano sobre su corazón para contener sus latidos;

se acostó en su lecho, y le pareció una tumba; quiso gritar, pero la voz expiró en la garganta; ocultó su rostro entre los cojines rojos de seda, y sus ojos permanecieron secos. Galeswinta, después de retorcerse en el lecho á impulsos de un dolor sordo, desconocido, inaudito, logró conciliar, no el sueño, sino permanecer en esa especie de sopor con el cual sentimos nuestras potencias físicas, torpes y adormecidas; pero el espíritu vigilante, despierto y presa de dolores y martirios intensos.

Una hermosa lámpara de alabastro colgada de la techumbre, alumbraba débilmente la estancia, y sus débiles rayos iban á morir en el lecho de Galeswinta, dejando ver como al través de un velo de gasa, ó como cubiertas con la niebla de la mañana, sus formas torneadas y blanquísimas, su rostro más interesante por el sufrimiento, y su cabellera blonda y delgada, cayendo en desordenados rizos por los hombros y la espalda.

De repente la luz de la lámpara arrojó una vivísima claridad, crujió el vaso de alabastro y la lámpara rota cayó al suelo y se apagó. Galeswinta levantó la cabeza, arrojó un doloroso grito, y ocultó su rostro entre las ropas.

La obscuridad y el silencio eran profundos, sólo se oían los latidos del corazón de la reina.



A poco una mujer de formas colosales, vestida de una túnica oscura, un candil en una mano, y un puñal en la otra, penetró en la estancia, y dirigiéndose al lecho de la reina, gritó con voz ronca:

—Galeswinta, Galeswinta, te tengo entre mis manos, y no te escaparás ahora.

—Qué queréis de mí, señora? dijo Galeswinta levantando un poco su linda cabeza de los almohadones.

—¿Qué quiero? ¿y lo preguntas? Soy Fredegunda, la querida del rey.

—¡Fredegunda! ¡Fredegunda!

—Sí, Fredegunda, á quien le has arrebatado el corazón de Hilperico; Fredegunda á quien querías que se desterrase de la corte; Fredegunda, á quien has tratado con el desprecio de una esclava.

—Fredegunda: he oído tu nombre con horror, porque me han referido tus crímenes, porque sé que tienes el corazón de una hiena, y que por satisfacer tus pasiones y saciar tu venganza, no has perdonado ni á tu padre ni á tus hermanos, ni á tus amigos, ni á tus fieles servidores; y que con el veneno y el puñal has hecho bajar á la tumba muchas víctimas.

—¡Ja! ¡ja! interrumpió Fredegunda lanzando una carcajada infernal: ¿conque ya me conocías? ¿con que sabías quién era? tanto mejor; entonces sabrás que nada tienes que esperar de mí. Reina de un día belle

za altanera, mujer hermosa de la estirpe goda, arrodillaos, si tenéis algo que pedirle al cielo, porque vais á morir.

—¡A morir! exclamó Galeswinta, cubriéndose el rostro con las manos; ¡á morir, cuando tengo dieciseis años! ¡Ah, señora! perdonadme, no me matéis, no me hagáis mal! Yo era una muchacha inocente; el rey me buscó, el rey me sacó del lado de mi madre; el rey me trajo á su corte, y os digo con verdad que habría dado diez años de mi vida por quedarme en mis bosques de Toledo, al lado de mi madre, en compañía del que yo amaba.

Fredegunda sonreía.

—Mirad, señora; esta misma noche me iré del palacio, aunque sea sola y á pie; buscaré el camino de mi país, y cuando el rey venga le diréis que me he muerto, y jamás, jamás....

—Bien, muy bien, exclamó Fredegunda riéndose estrepitosamente; quería yo veros llena de miedo, temblando, anonadada, pedirme perdón, y humillaros ante mi poder. Reina de los francos, arrodilláos, que yo os lo mando. Váis á morir; y como habéis dicho, soy una hiena que deseo venganza. No os perdonaré, reina cobarde é infame; no os perdonaré, aun cuando sepa que con mi vida debo pagar la vuestra.

—Pues bien, miserable esclava, infame prostituta, dijo la reina, animada de un va-



lor sobrenatural, no me veréis temblar ni os pediré gracia: haced lo que queráis.

—Arrodilláos, y besadme los piés.

—Salid de aquí, Fredegunda, yo os lo mando, la reina ordena á la mujer vil que se quite de su presencia: ¡guardias, guardias, socorro!

Fredegunda, veloz como un tigre, dejó la luz sobre una mesa, saltó al lecho de Galeswinta y la tomó por la garganta. Galeswinta, que era robusta, luchó valerosamente; pero la fuerza hercúlea de Fredegunda triunfó. Las dos mujeres se revolaban en el lecho, como unas panteras que luchan; se escuchaba la respiración trabajosa de ambas; los gemidos de rabia ahogados por las fatigas, y los miembros blancos de las dos atletas se enroscaban unos con otros, se torcían, desaparecían un momento entre las ropas, reaparecían de nuevo aquellos dos bustos de alabastro, agitándose en una lucha mortal. Por fin, Fredegunda logró enlazar con sus trenzas el cuello de la reina, y haciendo un esfuerzo desesperado. . . .

La lucha cesó, Galeswinta quedó inmóvil en el lecho, Fredegunda arrojó sobre el cadáver una mirada de satisfacción, tomó la lámpara y el puñal, y se salió, dejando la estancia entre las tinieblas.

Cuando Hilperico volvió de la campaña, se le dijo que Galeswinta se había suicidado,

ahogándose con sus propias trenzas. El rey estuvo muchos días inconsolable: Fredegunda lloraba también con el rey la prematura muerte de su esposa.

---

La madre de Galeswinta desde que partió su hija había caído en una melancolía profunda que le causó una enfermedad; esta enfermedad la tenía en las puertas del sepulcro; un día mandó llamar al anciano de la gruta y le dijo:

—Anciano, he soñado que la lámpara que alumbraba mi estancia, se había caído, y haciéndose pedazos con estrépito me había dejado en una profunda obscuridad, á pesar de la cual distinguí un esqueleto pálido que se asemeja á mi hija. Explicadme, anciano, este sueño.

—Madre de la reina, vuestra hija no existe ya, contestó el anciano de la gruta.

Al oír estas palabras la madre, volvió la cabeza y expiró.

Agosto 16 de 1844.